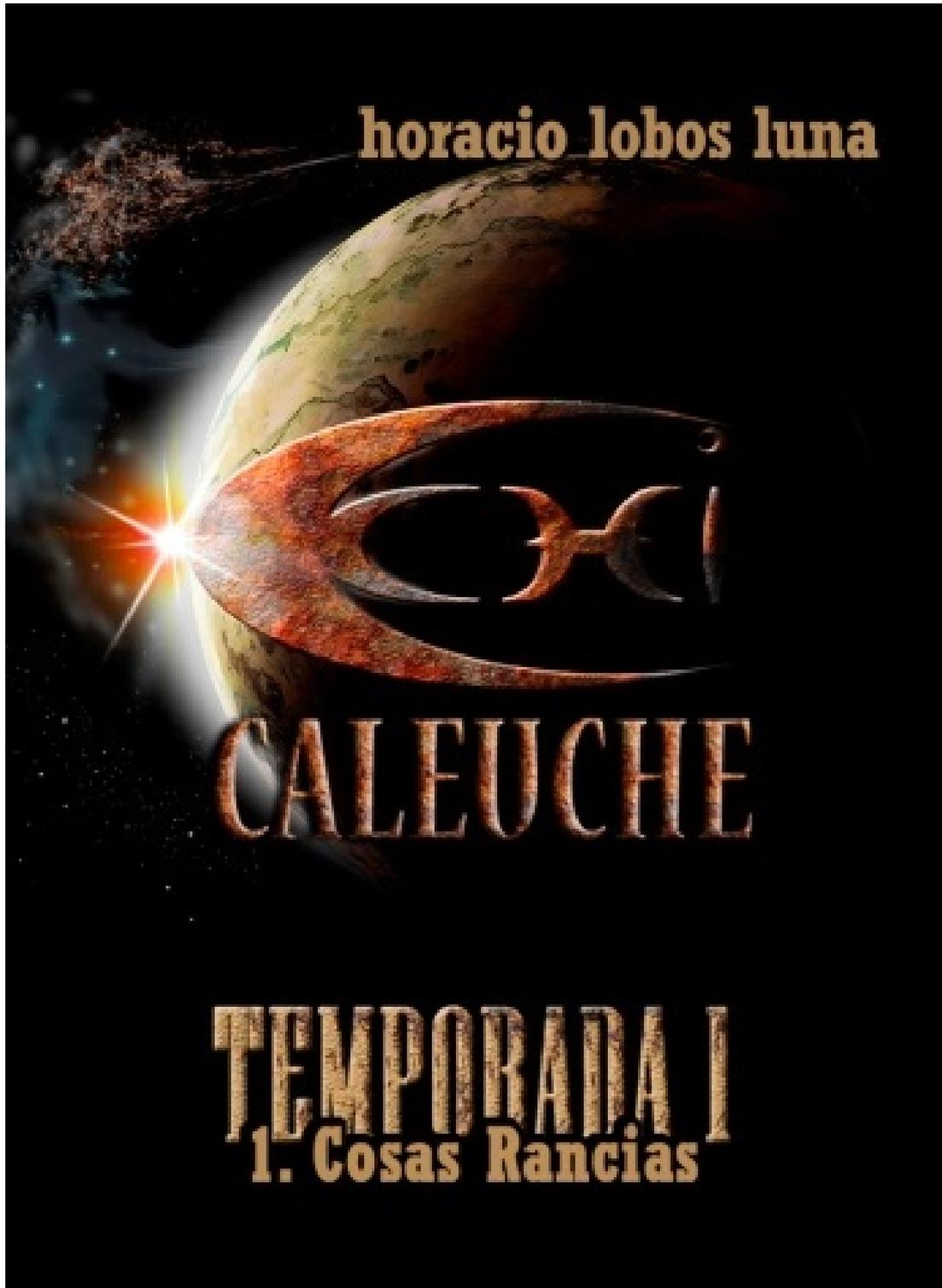


C.H.I. Caleuche. T1E1: "Cosas rancias".

Horacio Lobos Luna



Capítulo 1

1. El descenso

Unos fogonazos de luz intensa y chirriante estallando desde la nada, un inquietante olor a carne y cabellos chamuscados, seguidos de cuatro cuerpos cayendo entre retorcionas y gemidos de intenso dolor. Así se resumía el típico descenso planetario de los tripulantes de la *C.H.I. Caleuche*, la chatarra más vieja y destartada de la galaxia, aunque la más rápida... en caerse pedazos; junto con todo su equipamiento, tripulantes incluidos.

— ¡Conchemimare! –gruñó el capitán Gilberto Gil, tomándose las costillas—. Le dije a Tartán que arreglara el teletransportador...

— Si lo revisó, jefe –jadeó el oficial adjunto Libiak –, pero dijo que la hueá no tenía arreglo.

— ¡Ay, mi oreja, ay, mi orejaaaa...! –aulló el ingeniero Chupilka unos metros más allá.

Gil y Libiak corrieron a ponerlo de pie, apartándole la mano que presionaba contra una de sus orejas. No había rastro de sangre. Sólo una horrible protuberancia donde se suponía que debía estar la oreja. De alguna forma, el cartílago se le había hundido hacia el centro del oído, cerrándose como un botón de carne: una gigantesca hemorroide, colorada y desagradable.

— Puaj –exclamó Libiak, con asco—. Es como mirar el culo de un mandril.

— ¿Y ha visto muchos culos de mandril, oficial? –preguntó el capitán con repentino interés.

— O sea, en la Enciclopedia Terrestre hay unas...

— ¡Después conversan de la hueá! –chilló el ingeniero, adolorido—. ¡Me arde más que la chucha!

— Tranquilo ingeniero Chupilka, le vamos a poner un calmante –dijo el capitán, y mirando alrededor–: ¿Qué se hizo la internista Mata? ¡Internista Mata!

De pronto, la figura de la internista Mata apareció por detrás del roquerío que los rodeaba, sacudiéndose las puntas humeantes del cabello, que ya no era tan largo como antes.

— Aquí estoy, Capi –resopló, acalorada—. La hueá de teletransportador me quemó el pelo y estaba...

Se detuvo al ver el chicharrón de carne viva en el oído de Chupilka, que no paraba de gemir y restregar los pies contra el suelo.

— ¡Y esa hueá qué es! –gritó, con un tono de espanto bastante fuera de lugar para una oficial médico.

— Si no sabe usted, pues, internista –dijo el capitán—. Inyéctele un calmante o algo.

La internista rebuscó en el morral sintético que llevaba atravesado. Sacó un artilugio médico, lo puso contra el muñón de carne de Chupilka y disparó. Se oyó un suave siseo de aire comprimido, seguido del alarido de Chupilka que los hizo saltar hacia atrás.

— ¡Quema, quema, quemaaaa...! –aulló Chupilka, tirándose al suelo con ambas manos contra el oído.

— Chucha –comentó la internista, mirando el regulador del aparato–. Lo tenía puesto en modo de cauterización...

Giró la pequeña perilla del artilugio y agregó:

— Ahora sí. Agárrenlo.

Libiak y el capitán lo sentaron a forcejones, mientras uno le retenía las manos y el otro le ladeaba la cabeza. La internista Mata se acercó apuntando el artilugio hacia la zona dañada.

— ¡No, no, no! –gritaba Chupilka con grotesco terror infantil, mirando de reojo a la internista–. ¡Tú no, tú no...!

El sonido de aire comprimido contra la masilla de carne y el rostro de Chupilka se relajó, con una expresión de alivio casi orgásmica.

— Aaahhh –suspiró con los ojos entornados–. Qué tibiecito y rico...

— ¿Cómo que tibiecito? –se sorprendió la internista, mirando el aparato–. Ah, chuata, ese era el modo de inseminación artificial...

— ¿Ah? –exclamó Chupilka, abriendo los ojos sin ningún rastro de placer ya en ellos.

— Estamos medio distraídos hoy día parece, ¿ah? –canturreó la internista Mata, con su mejor acento de médico cabrón condescendiente.

Y soltó una risita de ronquidos porcinos, mientras meneaba la pequeña pistola médica ante la mirada incrédula de los otros tres. El capitán se limitó a mover la cabeza y esperar que terminara con la operación. Lo que hizo en dos breves pasos, con una rapidez tan impresionante que los minutos estúpidamente perdidos en realizar algo tan simple pasaron mágicamente al olvido.

Allí estaban por fin. En aquel desolado planeta después de otro doloroso descenso. Se pararon a mirar, desde el elevado risco donde habían aterrizado, las planicies rocosas que se extendían a sus pies. Allá, a lo lejos, la forma de un poblado. Quizás. Fue el oficial adjunto Libiak quien hizo eco del pensamiento de todos en esos instantes.

— ¿Dónde chucha estamos? –preguntó.

Y la pregunta se fue rebotando en un sonoro eco que se esparció a través de la vastedad planetaria, hasta donde la vista de todos alcanzaba, y más allá, hacia el vacío sideral del cosmos. Y ahí se quedaría, hasta que fuera respondida una vez que emprendieran la misión que los había llevado hasta allí.

Capítulo 2

2. Guarch.

Parecían cuatro miserables e insignificantes manchas moviéndose en la vastedad desértica del planeta sobre el que habían descendido. Y así era exactamente como se sentían los tripulantes de la C.H.I. Caleuche, luego de dos horas de interminable caminata: insignificantes y miserables. Además de terriblemente sedientos. En especial el ingeniero Chupilka, que gimió por enésima vez:

— Agua, necesito agua... –y luego, muy melodramático–. Internista Mata, por favor, me muero...

— Es la cuarta vez que te digo, Chupilka –gruñó la internista Mata, molesta por la insistencia, y por el sudor que le picaba en todo el cuerpo–: ya se acabó. Te tomaste la última botella hace como media hora.

— Ayyyyy –jadeó Chupilka en el paroxismo del melodrama–, es que perdí mucha sangre del oído...

— ¡Qué sangre ni queochocuartos! –gritó la internista fuera de quicio, dándole un manotazo–. Si no te salió ni un poco, heón cuático...

Chupilka dio un chillido y corrió a protegerse detrás del capitán, que trató de enfriar los ánimos, aunque el calor le derretía hasta los pensamientos.

— ¡Ya, córtela! –ordenó–. Estamos todos cagados de sed y de calor, y vamos a estar peor si no terminamos el trabajo luego. Libiak, ¿tiene alguna señal del poblado?

— No, Capitán –resolló Libiak, consultando su detector telemétrico–. Pura estática –y dándole un par de furiosos golpes, advirtió–: Pero esta hueá es más mula que el teletransportador, así que...

El Capitán se llevó la mano al cinturón y sacó el comunicador. Lo abrió con una leve sacudida, y la pequeña tapa se desprendió golpeando en pleno ojo a Chupilka, que salió aullando, cubriéndose la cara y dando saltitos de dolor.

— ¡Que nada funcione en esta hueá! –masculló Gil, enrabiado, y activando el aparato–: Gilberto Gil a la C.H.I. Caleuche, responde C.H.I. Caleuche...

Ruido de estática, acompañado de los gemidos Chupilka que insistía en restregarse la mano contra el ojo, mientras la internista Mata trataba de retirársela para revisarlo. La estática en el comunicador de Gil formó garabatos sonoros indescifrables, como si alguien intentara responder.

— Aquí el capitán Gilberto Gil a la C.H.I. Caleuche –insistió el capitán, algo acalorado–, ¿me escuchan? –luego, rojo como tomate–. ¡¿Me escuchan, los conchasdesumadre?! ¡Sé que están ahí, cagándose de la risa! ¿Creen que no los escucho? ¡Oficial Marikunga, subalterno Bráyatan, contesten por la ch...!

Libiak le arrebató el comunicador antes de que lo humedeciera por exceso de salivación.

— Contrólese, capi –jadeó, limpiando el aparato con la manga.

El capitán inhaló el poco aire que había en el ambiente y trató de despejarse.

— Estoy bien, es que este calor...

— Necesitamos agua, o la deshidratación nos va a secar la mollera –dijo la internista Mata, acercándose a revisar al capitán.

— Ingeniero Chupilka –llamó el capitán–, súbase a esa loma a ver si divisa algún poblado o estación...

— Pucha, capitán –reclamó Chupilka, con su acento más quejumbroso–, siempre me toca a mí...

— ¡Súbase, le dicen! –gritó el capitán.

Chupilka apuró el paso, asustado, y subió a duras penas una pronunciada duna que sobresalía a unos metros de ellos. Una vez arriba, apuntó hacia adelante y gritó en un horrible jadeo de tísico terminal:

— ¡Allá se ve una hueá!

— ¡Pero qué hueá es la que se ve, ingeniero! –gritó Libiak, mosqueado de calor.

Chupilka tomó unos segundos para tragar saliva y tratar de respirar, antes de gritar de vuelta:

— ¡Una de esas hueás como con punta y hartos brillos cuadrados al pie!

— ¿Pero hay un asentamiento humano o no hay, poh, Chupilka? –chilló la internista Mata, en el paroxismo de la impaciencia.

— ¡No tengo ni pichula idea de qué es esa hueá de “sentimiento humano” –volvió a gritar el ingeniero, sin dejar de apuntar a la lejanía–, pero esas hueás cuadradas parecen techos y esa otra hueá una antena! –y agregó–. Ah, y veo otra hueá...

— ¡Qué cosa! –gritó Libiak.

— ¡Que se paró encima de caca de Guarch! –exclamó, jadeando por reírse, y volviendo su dedo apuntador hacia Libiak.

En efecto, estaban tan concentrados en Chupilka que nadie se percató que el oficial adjunto se había hundido prácticamente hasta los talones en una gigantesca y asquerosa masa verde-lechosa, media reseca por el sol.

— ¡Chucha! –chilló Libiak, dando un salto fuera de la materia viscosa.

Fue en ese entonces cuando sintieron el nauseabundo olor.

— ¡Cien años de buena suerte, oficial! –se burló Chupilka, tosiendo de risa.

— Pero esa porquería no puede ser cacumen de Guarch –dijo el capitán, tapándose la nariz y la boca–. Los Guarch son grandes, pero nunca tanto...

— Es mierda de Guarch, la conozco donde sea; siempre sacamos esas hueás de las maquinarias, donde hacen nidos y se comen los cables...

— Te digo Chupilka –insistió la internista Mata–, esta hueá es cien veces más grande que una caca de Guarch...

— Si no es tan grande –dijo el ingeniero, pachorriento.

— Porque la estai mirando de como cinco metros de alto, jetón –respondió la internista–. Mira la caca y míranos a nosotros...

— Chucha, la dura –dijo, fijándose mejor–. Es una caca de Guarch más grande que la chucha...

Ni siquiera había terminado de decir la frase cuando un violento sacudón hizo temblar la loma donde estaba parado. De pronto, la duna empezó a erguirse ante los ojos aterrados de los tres que estaban abajo. Chupilka

cayó sobre la loma, buscando desesperadamente de qué agarrarse en la superficie blanda de arenisca que empezaba a descorrerse debajo de él, mientras aullaba:

— ¡Temblooor, conchemimare! ¡Capitaaan, terremotooo...!

Pero el horroroso bramido que siguió al grito de Chupilka, les confirmó lo que temían mientras retrocedían ante la avalancha de arena que caía sobre ellos: la duna era todo, menos una duna. Chupilka rodó por el costado de la criatura cuando esta logró erguirse en toda su extensión: diez metros de Guarch tamaño familiar, visiblemente molesto y lo peor, probablemente hambriento y sediento.

— ¡Las armas! –gritó el capitán, mientras corrían para esquivar a la criatura, que se arrojó contra ellos–. ¡Mátenlo, mátenlo!

Alcanzaron a desenfundar los desintegradores, cuando dos certeras y potentes ráfagas láser atravesaron el cráneo y el pecho de la criatura, que se derrumbó casi encima de ellos con un ensordecedor chillido de agonía. Luego de eso, una nube de arena y polvo, ojos y labios escociendo insoportablemente, y un concierto de toses intentando respirar. Además del agudo grito de Chupilka, tratando de ponerse de pie por algún lugar cerca de los pies de la criatura:

— ¡Quién fue el culiao que llegó y disparó, casi me matan, por la chuchaaaa...!

En respuesta, un grupo de desconocidos vestidos en extraños uniformes los rodearon, apuntándoles con enormes láseres de asalto. Uno de ellos habló en un dialecto desconocido.

— Quieren saber quiénes somos y qué hacemos aquí –tradujo Libiak.

— ¿Usted les entiende, oficial? –preguntó Gil, mirándolo sorprendido.

— En la Enciclopedia Galáctica había un...

— Ah, ya –susurró el capitán–. Dígales que somos de la C.H.I. Caleuche y que vinimos a recoger su basura radioactiva clase N...

Libiak tradujo al dialecto, y súbitamente el extraño acercó el cañón de su arma a la cara del capitán, mientras mascullaba algo en tono amenazante.

— Dice que hace veinte años que están esperando que recojamos su basura, capitán –dijo Libiak, con voz temblorosa.

Entonces Chupilka susurró en un tono de lamento que ya casi era parte de él:

— Ahora entiendo el Guarch gigante...

Comentario que la internista Mata remató con un clarificador:

— Cagamos.

Capítulo 3

3. El juicio.

—Eufdyar te jissea nauvih –exclamó la figura que presidía el enorme recinto abarrotado de público.

El murmullo de la muchedumbre se cortó de súbito ante estas palabras, y un inquietante silencio descendió sobre las siluetas del capitán Gilberto Gil y el oficial adjunto Libiak, de pie sobre un plató inferior en mitad de un gigantesco foro circular cerrado, donde la expectante muchedumbre aguardaba, observándolos como a dos diminutos insectos listos para ser engullidos. Por un segundo desearon estar de nuevo en la celda en que los habían metido después del incidente con el Guarch gigante, junto a la internista Mata, incluso junto al ingeniero Chupilka; y si los apuraban un poco más, hasta le empezaban a echar de menos a la mugrosa cacharra espacial de la C.H.I Caleuche, de la que nunca debieron haber descendido hasta ese reseco planeta.

—¿Qué dicen, oficial? –susurró el capitán, inclinándose disimuladamente hacia Libiak.

—Eudiarr te fissea nauvis –susurró Libiak de vuelta, sin mirarlo.

Le tomó unos segundos darse cuenta de la mirada muda y acusadora con que el capitán lo observaba.

—Perdón –tartamudeó, confuso y tragando saliva-. Dice que inicia el juicio, capitán...

—¿El juicio? ¿Qué juicio? –masculló el capitán.

En respuesta, la figura volvió a hablar, esta vez largo, tendido, enredado y difícil de transcribir, y entonces la multitud prorrumpió en gritos y vítores de alegría.

—Dice que se nos condena a sufrir los males que trajimos sobre ellos, y a ser devorados por las criaturas del desperdicio...

—Chucha –exclamó el capitán, algo ofendido-, bien corto el juicio. Hasta los Melarkos dan el derecho a defenderse –y luego al oficial-: ¡Haga algo, Libiak!

—¿Y qué quiere que haga, capitán? –contestó Libiak, nervioso.

—No sé, que nos dejen explicar por último...

Y dando un paso al frente, el capitán emitió un potente silbido que rebotó por todo el recinto e hizo taparse los oídos a todo el que no llevara un casco o protección auditiva. Cuando el rebote se disolvió, la muchedumbre les prestaba una silenciosa y perpleja atención.

—¡Disculpen! –gritó el capitán, levantando las manos-. ¡Disculpen! Mi oficial adjunto tiene algo que decirles –y volviéndose a su pálido compañero-: Libiak, todos suyos.

—Pero qué les digo, capitán –masculló Libiak, mirándolo incrédulo.

—Dígales que pedimos el derecho a defendernos, al menos –ordenó el capitán, y luego, molesto-: Y no sea maricón, por el chuchampe de mi abuela.

Libiak volvió a tragar saliva, aunque ya no le quedaba ni una gota en la

boca; y con un leve tartamudeo, articuló lo más alto y claro que pudo:

—Imminder diak nassie meuviderá...

Unos breves segundos después, la multitud pasaba de un cortante silencio a un inquieto y nada tranquilizador murmullo.

—¿Qué fue lo que les dijo, Libiak? —preguntó el capitán, ansioso.

—Que queríamos la oportunidad de defendernos —contestó rápidamente el oficial. Y luego, mirándolo asustado—: No, espere... ¿"Nassie" era "oportunidad" o "mano"...?

—Y qué chucha me pregunta a mí —saliveó el capitán enrabiado, mientras la multitud pasaba de los murmullos a los gritos, y empezaba a pararse de los asientos—. Se supone que usted es el polígo... polígamo... ¡esa hueá!

—Es que si es "mano" —tratamudeó el oficial—, entonces el significado de "meuviderá" cambia a...

Y mientras se quedaba con la boca abierta, la muchedumbre empezó a gritar, arrojando furiosas exclamaciones y mostrando puños amenazantes hacia ellos.

—¿A qué, Libiak?! —gritó el capitán, tratando de hacerse oír sobre el griterío que ya era un verdadero retumbar de rocas cayéndoles encima.

—¡A "agujero"! —chilló por fin, Libiak, mirando con terror a la multitud que empezaba a saltar la barrera que los contenía.

—¿Les dijo que queríamos "mano" y "agujero"? —preguntó el capitán, confuso— ¿Y entonces por qué están...?

No terminó de articular la pregunta, cuando entendió el posible significado de la frase como para que los nativos estuvieran dispuestos a arrojarse sobre ellos sin siquiera esperar a que los devorara un Guarch gigante.

—¿Les dijo que queríamos meterle la mano en el hoyo?! —bramó el capitán, espantado.

Pero Libiak ni siquiera alcanzó a contestar. El súbito ulular de una alarma detuvo el avance de la multitud a sólo unos pasos de alcanzarlos, mientras ellos se preparaban para la huida y la inútil defensa en esa estrecha arena. Empezó una desordenada retirada hacia las salidas, mientras se oían voces y órdenes amplificadas por todo el recinto.

—¿Y ahora qué pasa, Libiak? —gritó el capitán.

—¡Un ataque aéreo capitán! —contestó Libiak, riendo nervioso.

—¿Y eso le hace mucha gracia? —le recriminó el capitán.

—¿No ve, capitán? —gritó Libiak—. Seguro son los de la C.H.I. Caleuche...

—Cierto —dijo el capitán, sonriendo por primera vez desde el descenso, y luego, dudoso—: ¿Pero está seguro que es eso? No vaya a ser que se equivoque de nuevo y sea peor que la mano en el hoyo.

—Es que esa fue difícil —dijo el oficial, a la defensiva.

Sin oírlo, el capitán miró rápidamente alrededor y apuntó a la entrada que había quedado despejada de guardias.

—Por ahí —ordenó—. Hay que buscar a la internista Mata y al ingeniero Chupilka y salir de este planeta. Muévase.

Pero pronto descubrirían que su búsqueda iba a ser más corta de lo que suponían.

Capítulo 4

4. Masa oscura

Si para los tripulantes de la C.H.I. Caleuche la situación empezó a oler a desgracia e infortunio apenas pusieron un pie en aquel desértico planeta, el olor se volvió definitivamente nauseabundo cuando pasaron del ataque de un Guarch gigante a una celda de confinamiento, rodeados de nativos con cara de muy pocos amigos.

Para la internista Mata y el ingeniero Chupilka, sin embargo, la cosa llegó al paroxismo del mal olor cuando se encontraron completamente solos en la célula de contención, luego que se llevaran a sus dos compañeros sin decir agua va. Aunque, para ser justos, sí les habían dado una buena ración de agua cuando los vieron a punto de colapsar por deshidratación.

— Esto no pinta bien, Chupilka –dijo la internista Mata, sin dejar de mirar del otro lado de la membrana contenedora de la célula, donde dos guardias manipulaban un curioso artefacto alrededor de una especie de mesa-. ¿Adónde se llevarían al capi y a Libiak?

La única respuesta que recibió en el reducido espacio de profundo silencio de la célula, fue el desagradable sonido de las mandíbulas de Chupilka rumiando salivosa y afanosamente, reduplicado por mil.

— ¡Deja de masticar esa hueá! –gritó la internista, dejándole caer el segundo manotazo del día-. ¡Hace como una hora que te echaste esa porquería a la boca!

— ¡Por la chita, internista! –se atragantó Chupilka, dando un salto para ponerse fuera de su alcance, y balbuceando desde una boca y dientes embadurnados de una asquerosa materia negro-viscosa-. Casi hace que me lo trague...

— ¡Ahógate con esa hueá! –chilló la internista, histéricamente-. ¡No tenemos ni pichula idea adónde se llevaron a nuestros compañeros, ni lo que nos van a hacer, y no se te ocurre otra cosa que ponerte a rumiar esa mierda! –y agitando un puño amenazante hacia él-: ¡Te metería un combo en la sanguchera si no te la viera llena de caca!

— Se pararon –dijo Chupilka.

Miraba detenidamente hacia afuera de la célula, ignorando el ataque de histeria de la internista con una desfachatez tan impropia en él, que la internista se quedó puño en alto, observándolo completamente incrédula y enrabiada.

—¿Qué chucha...? –masculló la internista apenas logró articular palabra.

— Los guardias –salivó Chupilka, apuntado hacia afuera y sin dejar de masticar la masa negra-. Terminan de jugar en esa cosa y uno se para y llama a otro cada media hora...

La internista giró para comprobar que, efectivamente, uno de los guardias se había parado, colgaba el cinturón lleno de artefactos y

botones, y caminaba hacia la derecha, desapareciendo de su vista. Antes de que la internista lograra salir de su primer momento de asombro hacia Chupilka para caer en este segundo momento, doblemente incrédula, si eso era posible, el ingeniero sacó la masa negruzca de su boca, e inmediatamente empezó con un acceso de náuseas, tratando de hablar entre arcada y arcada.

— Agggghhh, se... me olvidó... lo asqueroso que es... cuando... se lo... saca de... la... bo... ca...

Y extendiéndoselo a la internista:

— Pón... galo... ahí...

Indicó con la misma masa negruzca el pequeño tablero sellado cerca de la membrana contenedora, mientras se doblaba tratando de detener el vómito.

— ¡Noooooooo! –exclamó la internista, mirando asqueada la masa viscosa que le extendía Chupilka-. Yo ni muerta toco esa hueá...

— Inter... nista... -suplicó Chupilka, entre arcadas.

Lo que hizo la internista a continuación jamás habría sido posible en circunstancias normales. Pero Chupilka le había dado de baja a dos momentos de comportamiento que rebasaron la cuota de asombro de los últimos años de la internista, especialmente tratándose de Chupilka, y en menos de treinta segundos. Eso, sumado a que en realidad no tenían muchas alternativas, hizo que contorsionando cuerpo y rostro llenos de asco, y cerrando los ojos, agarrara la masa viscosa cubierta por las babas de Chupilka, y la estampara lo más rápido que pudo sobre el tablero en cuestión.

— ¡Puaj, puaj, puaaaajjjj...! –saltaba segundos después la internista, pasándose frenéticamente la mano afectada por todo el traje, para limpiarla de los residuos de babas negras.

En el momento en el que el pequeño tablero generó una breve y siseante explosión, colapsando la membrana contenedora, la internista Mata y el ingeniero Chupilka se habían enfrascado en una curiosa danza de borrachos, invadidos por los accesos de vómito que le producía la masa negruzca a uno y las babas de Chupilka a la otra. Pero que debieron contener estoicamente cuando el guardia se paró rápidamente y corrió hacia ellos, alertado por la desintegración de la membrana.

— Dieer maeimorie danma –amenazó el guardia a unos pasos con la mano en el cinto, sobre lo que probablemente era su arma.

Ambos permanecieron inclinados, sin dar señales de haber escuchado

— Un bisturí –susurró Chupilka por debajo-. Saque un bisturí, internista...

— Y de dónde saco eso, sea lo que sea –gruñó la internista, en la misma posición-, si nos quitaron todas las cosas, saco de...

— Dieer maeimorie danma –reptió el guardia en un tono aún más amenazante.

Entonces Chupilka se enderezó muy rápidamente y levantó las manos.

— Me rindo –dijo.

La internista no tuvo más remedio que imitarlo casi de inmediato. En el momento en que el guardia pareció relajarse ante sus dóciles actitudes, la

internista dio dos ágiles y rápidos saltos hacia él y le colocó un señero combo en pleno rostro.

Apenas el guardia estuvo de espaldas ante la mirada sorprendida de Chupilka, la internista declaró:

— No tengo bisturí, pero tenía esto guardado –le mostró nuevamente el puño a Chupilka, amenazante-. Te salvaste, Chupilka... -y enseguida-: Toma el otro cinturón y yo tomo este, y vámonos rápido. Con un poco de suerte podemos comunicarnos con la Caleuche...

— Escuche –la interrumpió Chupilka, mirando hacia el cielo raso.

Una lejana alarma había empezado a sonar furiosamente. Se oyeron ruidos de voces y pasos corriendo por los corredores externos, y Chupilka sonrió con todos sus negros dientes.

— A lo mejor son los de la Caleuche... -dijo.

— Sí, todavía creí en los cuentos del tercer universo –masculló la internista, incrédula-. Ya, apúrate, antes que se acuerden que tienen a dos presos que vigilar...

Se internaron por el corredor de la izquierda, ignorantes que la asquerosa masa milagrosa de Chupilka había colapsado no sólo la membrana de su célula de contención, sino de una centena más, liberando cosas aún rancias que la boca de Chupilka.

Capítulo 5

5. Guarchs

Cuando los tripulantes de la C.H.I. Caleuche lograron salir al exterior, por un lado el capitán y Libiak desde un aterrador y fallido juicio público, y por el otro la internista Mata y Chupilka desde las instalaciones de las células de contención, nunca esperaron encontrarse con semejante pandemonium: arreciaban alarmas, gente aterrada corriendo en desbandada por amplias avenidas, y ráfagas cruzadas de uniformados moviéndose caóticamente entre nubes de polvo y humo, gritando órdenes mientras se parapetaban entre estilizadas edificaciones. Más allá, nada. Sólo una nebulosa confusión que hizo al capitán exclamar, apenas puso un pie afuera:

— ¿Y ahora qué mierda, Libiak? ¿Es un ataque aéreo? ¿Son los de la Caleuche?

— Ni idea, jefe –chilló Libiak por sobre el estruendo de los disparos, y registrando el cielo–: No se ven naves en...

La oración se congeló en sus labios ante un bramido a sus espaldas, muy familiar y aún más alarmante, mientras un grupo de uniformados corría hacia ellos, gritando y apuntado sobre sus cabezas. Apenas tuvieron tiempo para cubrirse cuando las ráfagas volaron e impactaron sobre el gigantesco Guarch entre los edificios justo detrás de ellos. Fue cosa de breves segundos ver venir las ráfagas, escucharlas estallar, girar hacia el callejón vecino para alcanzar a cubrirse, y encontrarse con la cara de Chupilka bloqueándoles el camino de huida.

— ¡Noooooo! –exclamó Chupilka, abriendo dos ojos como platos, llenos de incrédula y cómica sorpresa, y volviéndose a la internista Mata detrás de él–: Mire, internista, ¡la media cueeeaaa!

Los ojos de la internista también se abrieron como platos, pero sin nada cómico en ellos, y más bien apuntaban arriba, fijos en la gigantesca masa enfurecida del Guarch gigante, que amenazaba con derrumbarse sobre ellos en medio de una ensalada surtida de disparos atravesándole el rugoso cuerpo.

— Justo le estaba diciendo a la internista que... –siguió Chupilka, en un tono ridículamente casual y ameno.

En otras circunstancias se hubieran parado a mirarlo sin dar crédito a su falta de criterio. Pero hoy no había tiempo para eso.

— ¡Muévete, cuchadetumadreeeee! –aulló Libiak desde una boca torcida por el horror, y llena de una furiosa saliva que salpicó el rostro del ingeniero.

Chupilka se tuvo que tragar la incredulidad de ver al oficial adjunto gritarle de esa forma. Con el segundo y estruendoso rugido de agonía, el Guarch gigante se azotó contra la esquina del callejón, astillando pedazos de las estrechas paredes, e inclinándose irremediabilmente, con todo su portentoso peso hacia la abertura encima de ellos. Entonces fue cuando

Chupilka entendió y reaccionó.

— ¡Guaarrccchhh! –chilló el ingeniero, tomando la delantera en la huida.

Decir que no le vieron ni el polvo habría sido una expresión precisa, si todo lo que les rodeaba no hubiera sido una enorme y gruesa nube de polvo, especialmente tras la estruendosa caída del Guarch, justo en el momento en que salían casi disparados por el otro extremo del callejón como balines arrojados desde un humeante cañón, con Chupilka sacándoles ventaja por varios metros.

— ¡De dónde chucha salió esa hueá! –gritó el capitán segundos después, fuera de peligro para poder toser y tratar de respirar.

— Se supone que se crían cerca de los vertederos de basura clase N –dijo Libiak, limpiándose los ojos del polvillo.

— Pero esas hueás están lejos de la ciudad, por donde nos encontramos –jadeó la internista, y luego, mirando alrededor–: ¿Y ahora dónde cresta se metió ese jetón de Chupilka?

Y de pronto lo escucharon. Apareció gritando desde la cortina de humo y polvo por la que había desaparecido mientras corría despavorido delante de ellos.

— ¡Guarch!, ¡Guarch!, ¡Guaarrccchhh!

Pasó corriendo de nuevo, aunque esta vez hacia el lado contrario, y detrás de él una multitud huyendo aterrada. Un par de enormes de Guarchs gigantes se dibujaron detrás de la espesa polvareda, enardecidos por las furiosas ráfagas láser tratando de detenerlos.

— ¡Disparen! –ordenó el capitán, llevándose una mano a un cinturón completamente vacío.

— ¡No tenemos armas, capitán! –gritó Libiak.

— ¡Mierda! –masculló, el capitán.

— ¡Apreten cueeaaaaa!! –chilló la internista, empezando a correr.

Fue cuando lo percibieron. Un conocido zumbido metálico estridente y entrecortado, como un enorme motor de fusión a punto de partirse en dos, remeciendo el aire y la tierra. La enorme sombra de la nave los cubrió con su desdentada panza de fierros retorcidos y rancios, emitiendo entrecortadas ráfagas de brisa caliente, haciendo más irrespirable el aire con la toxina de sus motores y empeorando la polvareda.

— ¡La Chihuinto 4, capitán! –chilló Chupilka unos metros más allá, entre la multitud que dejó de gritar y correr para admirar la increíble aparición–.

¡Los de la Caleuche, por fin, chemimare!

Los cuatro sonrieron en el paroxismo del alivio, esperando que la nave iniciara el ataque contra las criaturas con furiosas ráfagas de ignición. En lugar de eso, la Chihuinto 4 empezó a dispararles contenedores vacíos de desecho cuántico, que rebotaban con un sonido hueco sobre el asqueroso pelambre de los Guarchs, poniéndolos más furiosos.

— Típico –suspiró el capitán Gilberto Gil, sacudiendo la cabeza.

Y esperó que los rescatadores de la Chihuinto 4 terminaran, literalmente, de cagarla.

Capítulo 6

6. El descenso II

— ¡Hay que meterle al chicler de baja!

Nadie, en toda la desventurada y destartada historia de la C.H.I Caleuche, había tenido jamás idea de lo que aquella indescifrable expresión podía significar. Lo único claro era que el piloto subalterno Bráyatan la escupía siempre que alguna inevitable falla técnica amenazaba con pulverizarlos o hacerlos chillarrón, que era la mayor parte del tiempo. Y el accidentado descenso planetario de la Chihuinto 4, en el que se habían embarcado junto a la oficial mecánico Marikunga y Tartán (el único apodo por el que conocían al jefe de ingenieros), calificaba indudablemente como una de esas ocasiones. Especialmente por el alarmante sobrecalentamiento que hacía crujir y temblar la pequeña nave, mientras entraban en la atmósfera del planeta en una misión de rescate que más parecía una misión suicida.

— ¡Les dije que esta cagá de nave no servía! –chilló aterrado Tartán, tratando de hacerse oír por encima del rugido de la hecatombe, frente a un tablero que irradiaba intermitentes y caóticas señales de alerta, y sobre el que intentaba inútilmente de maniobrar.

— ¡El chicler de baja, el chicler de baja! –repetía el subalterno Bráyatan, histéricamente aferrado a su silla y a la palanca de estabilización, que vibraba de forma ridículamente inestable.

— ¡Para tu hueveo, Bráyatan! –aulló fuera de sí la oficial Marikunga, sin dejar de pulsar botones y mover palancas—. ¡Si no estabilizamos esta mierda nos vamos a hacer recagar!

— ¡Ay, noooo, Marikunguitaaa...! –gimió Bráyatan.

— ¡Deja de llorar, maricón, y destraba la palanca! – berreó Marikunga.

El piloto subalterno agarró con ambas manos la palanca que saltaba encabritada, y tiró con todas sus fuerzas hacia sí, apretando los ojos y los dientes con tanta fuerza que se le enrojeció desde la raíz del cuello hasta el cuero cabelludo. De pronto, un súbito y atronador estallido de aire caliente resonó sobre el zangoloteo de fierros y tuercas.

— ¡Qué fue esa hueá! –gritó Tartán, oliendo lo que se venía.

— ¡Es que me estoy cagandoooo...! –gruñó el subalterno Bráyatan, retorciéndose bajo el monumental esfuerzo de mover la palanca.

— ¡Cágate, méate, hace lo que querai, pero mueve esa hueá! –ordenó la oficial Marikunga, aguantándose el mal olor y las ganas de vomitar.

Con un repentino chasquido metálico, la palanca estabilizadora cedió, justo en el momento en que la nave entraba en una fase inicial de desintegración. Con una hábil y rápida maniobra sobre los controles, Tartán y Marikunga lograron reposicionar la línea del horizonte y darle impulso a los motores para atravesar rápidamente hacia la atmósfera del planeta. La nave no dejaba de sacudirse, pero al menos los sonidos de

alerta y del metal en fricción se habían reducido al mínimo.

Los tres tripulantes se relajaron sobre sus asientos, dando un profundo suspiro de alivio, que casi en el acto se convirtió en un principio de arcada.

— Puta que te cagai hediondo, hueón –tosió Tartán, conectando la entrada de aire para ventilar la nave del asqueroso olor.

— Y parece que fue con challa, don Tartán –siguió Bráyatan–, porque siento los...

— Ah, ya cállate, hueón –lo cortó la oficial Marikunga, asqueada–. Mejor concentrémonos en que esta porquería siga volando.

— Ojalá los encontremos rápido –advirtió Bráyatan, revisando los sensores–, porque esta hueá se recalentó más que la chucha.

— Si empezó a recalentarse apenas la prendimos –dijo Tartán–. De milagro hicimos que funcionara. No sé cómo chucha te hicimos caso para subirnos a esta hueá...

— Don Chupilka dijo que este prototipo estaba listo –se defendió Bráyatan–. Y en el vuelo de prueba funcionó bien...

— Lo mismo dijo de los otros tres modelos –contestó Tartán, acalorado–, y se desarmaron a la segunda prueba de vuelo, que dicho sea de paso, siempre se han hecho dentro de la nave, nunca en el espacio de verdad... ¡Ni siquiera podemos comunicarnos con la Caleuche!

— Bueno, ya –los cortó Marikunga–. No había otra; las naves recolectoras de desechos cuánticos no tienen naves de exploración, y el capitán, Libiak, Mata y Chupilka llevan más de dos días fuera de alcance, así que avíspense y hagamos que esta cagá funcione...

— Oye –balbuceó Bráyatan, dudoso–, ¿y si están...?

— Deja de pensar hueás –dijo Tartán, volviendo a su tablero–. La señal que rastreamos hace dos horas venía del planeta, así que movamos esta mierda hasta que la volvamos a...

— ¡Ahí está otra vez! –gritó la oficial Marikunga, apuntando su tablero.

— No la pierda oficial –exclamó Tartán–, y cante las coordenadas...

La Chihuinto 4 había descendido lo suficiente para tener un nítido panorama de todo lo que se movía allá abajo, siempre y cuando tuviera más de un metro de altura, por supuesto; por lo que a sus tripulantes no les costó ningún trabajo distinguir la tupida polvareda que se elevaba y extendía exponencialmente, a medida que se acercaban al origen de la señal, cada vez más nítida y fuerte.

— ¡Allá, jefe! –gritó Bráyatan, indicando a través de la ventanilla los borrosos contornos de edificaciones y arterias de una ciudad, que empezaron a delinearse bajo el espeso manto de arena en suspensión.

— ¡Y esa hueá qué es! –exclamó la oficial Marikunga, al avistamiento del primer Guarch gigante.

La bestia se movía entre varios edificios, como una gigantesca rata depellejada, contonénadose furiosamente contra diminutas ráfagas de luz que estallaban sobre su rugoso pelaje semi lampiño.

— ¡Más cerca, piloto! –ordenó Tartán.

— ¿Más? –titubeó el subalterno Bráyatan, mirándolo asustado.

— ¡Acérquese, le dicen! –repitió Tartán.

Descendieron hasta planear sobre los edificios, sintiendo el peligroso reclamo de la estructura metálica de la Chihuinto 4. Fue cuando vieron todo con claridad: una espantosa ola destructiva dejada por la criatura, y diminutas formas humanas corriendo de un lado a otro entre ráfagas láser disparadas sin ton ni son.

— ¡Ahí los veo, jefe! –gritó Bráyatan, apuntando sobre la multitud, donde cuatro figuras se destacaban por el familiar uniforme de la C.H.I. Caleuche.

La orden de descender más no alcanzó a salir de la boca de Tartán, cuando la repentina aparición de otras tres enormes moles furiosas lo hizo exclamar:

— ¡Conchemima..., subalterno Bráyatan!

Haber sido un fiel y asiduo voluntario en cientos de simulacros de cada modelo de la Chihuinto, fue lo único que pudo explicar la hábil maniobra de Bráyatan para esquivar a las enloquecidas criaturas. Con un impresionante manejo de la primitiva palanca de estabilización, logró hacer girar la nave, que chirrió espantosamente mientras Tartán y Marikunga apretaban ojos y dientes, aferrados a sus tableros de control; y con un segundo movimiento logró posicionarse justo sobre la multitud, donde el capitán, el oficial adjunto Libiak, la internista Mata y el ingeniero Chupilka levantaban la vista, reconociéndolos.

En el paroxismo del entusiasmo, Tartán ordenó:

— ¡Fuego a discreción contra las bestias, oficial Marikunga!

La oficial lo miró con cara de indescriptible incredulidad ante tamaña ridiculez.

— ¿Y con qué chucha voy a disparar? –exclamó—. Si esta hueá con suerte tiene una palanca de manejo...

— Chucha –masculló, Tartán, desinflándose.

— Tengo la solución –saltó Bráyatan, dejando su asiento rápidamente y corriendo a la parte trasera de la nave.

— Sea lo que sea, mejor apúrate –gritó Marikunga, mirando su tablero nerviosa—. Los propulsores de esta porquería se están haciendo pebre en esta posición...

Un minuto después escucharon abrirse la compuerta lateral, seguido de un violento ventarrón filtrándose a la cabina, y un estruendoso ruido de recipientes metálicos desmoronándose. Al mirar por la ventanilla, vieron botes vacíos de desecho cuántico cayendo desde la nave, y rebotando graciosamente sobre las acaloradas bestias.

— ¿Me estai hueviando? –farfulló Tartán, sin dar crédito a lo que veía.

Fue lo único que alcanzó a decir antes de la debacle que siguió.

Capítulo 7

7. La Chihuintana

La siguiente debacle de la C.H.I. Caleuche y sus tripulantes inició casi seguida de la anterior, desatada casi enseguida de la anterior a esa, y de la anterior a la anterior a esa, en un cadena prácticamente ininterrumpida de debacles, muy bien documentadas en la Enciclopedia Galáctica como los desastres más grotescos ocurridos a cualquier nave en la historia del cuadrante espacial Vespucio; inconcebiblemente precedidos y anteceditos por las maniobras más brillantes del Registro Estelar Táctico de naves por debajo del rubro militar, comercial, o cualquier otro rubro mínimamente útil en jerga pangaláctica.

Aunque para el capitán, Libiak, Mata y Chupilka, ese último dato pesó menos que un moco al ver caer los contenedores cuánticos de la Chihuinto 4 sobre gigantescos Guarchs, que asolaban y aterraban una extraña e inhóspita ciudad, en un extraño e inhóspito planeta al que habían ido a parar sin saber cómo ni cuándo, como dice la canción.

— ¡Pero qué chucha! –gritó la internista Mata.

Fue lo primero que se le escapó cuando los contenedores rebotaron contra los Guarchs, y cayeron sobre la multitud, dándole otro motivo para correr espantada. El rosario de garabatos e insultos que siguió, y con que la internista empapeló a los de la Chihuinto, fue de tan grueso calibre que hay que agradecer la hecatombe ambiental producida por las bestias, los gritos y los destartalados motores de la Chihuinto 4, que los redujo a un montón inarticulado de rabiosos gestos faciales y ademanes. Pésimamente interpretados dentro de la Chihuinto, por supuesto.

— ¡Hola! –exclamó el subalterno Bráyatan, saludando a la furiosa internista por la ventanilla, y acompañado de gestos, replicó–: ¡Ya-vamos-a-subiiirlooos...!

— ¡Y cómo chucha pensai subirlos, por la recresta! –estalló el jefe de ingenieros Tartán, reaccionando por fin ante la horrorosa maniobra del oficial, y dando puñetazos sobre el humeante tablero–: ¡Cómo, cómo, cómo chuchaaa...! ¡Si esta hueá está por irse a la mierda!

— ¡Ya dejen la hueá y espabídense! –urgió la oficial Marikunga, apretando botones como loca sobre su tablero–. ¡Esta mierda se va a partir en esta posición!

Un fuerte estallido del metal en tensión respondió al grito de Marikunga, haciendo que Tartán volviera a su tablero con un insulto, y a Bráyatan retomar la palanca de dirección, que vibraba a punto de salirse de su eje, aclarando:

— ¡Sí hay una forma de subirlos!

— ¿Cómo? –gritó el capitán para hacerse oír sobre el desastre.

Los cuatro bajo la Chihuinto parlamentaban en un cerrado círculo, soportando los motores sobrecalentados de la nave, y aprovechando que

los Guarchs olfateaban y trataban de morder los contenedores de desechos cuánticos que, milagrosamente, habían servido para distraerlos. Al menos por el momento.

— ¡Usando el rayo tractor! –contestó Chupilka, entusiasmado por demostrar las maravillas de su prototipo de nave—. Ya le hice la seña de autorización al subalterno Bráyatan.

— ¿Y esta hueá... –empezó Libiak, apuntando hacia arriba sorprendido.

— ... tiene rayo tractor? –terminó Tartán, más sorprendido aún.

— Bueno... –dijo el subalterno Bráyatan, algo evasivo, y tratando de que su voz no sonara más ridícula de lo normal al sostener la vibrante palanca de dirección—. Así como rayo, rayo...

— ¡Claroooo! –exclamó Chupilka, en el paroxismo del entusiasmo, y luego más cauto—: Aunque hay que hacer unos inventos para que funcione...

— ¿Inventos? –se alarmó la internista Mata bajo la Chihuinto.

— ¿Qué inventos? –terminó de alarmarse la oficial Marikunga sobre la Chihuinto.

Toda la C.H.I. Caleuche sabía lo que el término “invento” significaba en jerga del ingeniero Chupilka y el subalterno Bráyatan: un verdadero truco que generalmente arriesgaba la vida de media nave.

— ¿Ven esos trajes de ahí? –preguntó Chupilka, indicando a unos guardias caídos cerca de ellos.

— No, fíjate –dijo la internista Mata, en tono sarcástico—. Lo que veo son unos cuerpos, y por lo que sé, bien muertos y reventados...

— ¿Qué pasa con esos trajes? –preguntó Libiak, inquieto.

— ¡Noooo! –exclamó Marikunga—. ¿Pero estai cagao de la cabeza, Bráyatan?

— ¡¿Y a esa hueá le dicen rayo tractor?! –se espantó Tartán, incrédulo.

En ese momento la nave inició un severo y aterrador despliegue de sonoros colapsos metálicos, inclinándose peligrosamente sobre la superficie. Los cuatro tripulantes que parlamentaban debajo se encogieron instintivamente para protegerse.

— ¡Capitán! –gritó Chupilka, alarmado—. ¡La hacemos o no la hacemos!

— ¡Ya, mierda! –ordenó el Capitán—. ¡A ponerse los trajes y a apretar el culo!

Un par de minutos después, con los trajes ya embutidos, se preparaban para seguir las indicaciones de Chupilka, que estaba hecho todo un guardia de la ciudadela, con un traje completamente ensangrentado, casco incluido.

— Pónganse el casco también –sugirió—. Por siaca...

Los otros lo imitaron, sin tiempo ni ganas de asustarse ante tamaña sugerencia, especialmente porque la nave parecía haber bajo unos cuantos metros sobre ellos.

— ¿Y ahora? –preguntó Marikunga, sudando profusamente y manipulando su tablero de control casi a ciegas.

— ¡Métnle al chicler de baja! –chilló Bráyatan.

— ¡Déjate de esas hueás, Bráyatan, por la concha...! –gritó Tartán, con la vena de la cien saliéndosele y latiéndole a mil por horas.

— ¿Listo? –gritó Chupilka, enlazando su brazo firmemente al de Libiak,

quien instintivamente hizo lo mismo con la internista Mata, quien hizo lo mismo con el Capitán. Justo debajo de la escotilla de acceso, esperaron a que la Chihuinto hiciera lo suyo.

Y lo hizo. La Chihuinto 4 inició un ruidoso ascenso, ejecutado dolorosamente y a duras penas. El Capitán, Mata y Libiak cerraron los ojos, apretándose por dentro. Fue cuando lo sintieron. Un tirón hacia arriba tan salvaje y sorpresivo, que sólo lograron articular un grito de terror cuando sus cuerpos ya colgaban adheridos a la escotilla de acceso, como cuatro patéticos imanes chillones.

— ¡Ahora viene lo bueno! –aulló Chupilka, casi fuera de sí, en un rapto de alegría absolutamente inexplicable y rayando en lo psicopático.

— ¿Cómo que lo bueno? –gritó Marikunga, aterrada, mientras trataban de ascender y mantener la nave unida al mismo tiempo—. ¡Se supone que eso era lo bueno! ¡Hacerlos subir con esa mierda de imán gigante!

— ¡No es un imán! –vibró Bráyatan, ofendido—. ¡Es una imantación de la nave generada por...!

Súbitamente, sintieron una serie de golpes ahuecados y metálicos contra la parte inferior de la nave, como leves descargas.

— ¡Y eso qué chucha fue! –chilló Tartán.

— ¡Los contenedores cuántum! –gritó Chipilka, pegado al metal de la Chihuinto, y como ante un gran auditorio—. ¡La imantación de la nave los atrae!

Y si no hubiera sido por el escándalo de contenedores contra la nave, y el viento arreciando mientras ascendían atmósfera arriba, habrían oído la risa de Chupilka como una perfecta carcajada de científico loco. Pero los demás estaban tan concentrados en evitar los contenedores, o desprenderse en el ascenso, que ya poco o nada notaban a esa altura, excepto sus propios aterrados jadeos y latidos.

— ¡Voy a soltarlos y volver! –advirtió Bráyatan repentinamente.

— ¡¿Qué quéeeee?! –gritaron Marikunga y Tartán, sin atreverse a dejar los controles, y aguantándose las ganas de estrangularlo y patearlo, hasta dejarlo medio muerto.

— ¡Así se hace la Chihuintana! ¡No hay de otra!–gritó Bráyatan, como si todo fuera perfectamente explicable en esas dos frases.

— ¡Y que mieceerda es una Chihuintana! –aulló Tartán, ahora realmente aterrado.

— ¡Esta hueá! –dijo Bráyatan, accionando un botón y tirando la palanca peligrosamente hacia sí.

El primero en entender que el botón de imantación de la nave había sido desactivado, fue Chupilka. Hubo un pequeño estremecimiento bajo el metal que cubría parte del traje que llevaban, y antes de que Chupilka terminara de articular el demencial alarido de:

— ¡¡Ahora viene lo b...!!!

Los cuatro se desprendieron como fardos muertos del vientre metálico de la Chihuinto 4, que inició un arco sobre sí misma en una posición casi imposible para su despreciable estructura, y gracias también a la pericia de sus tripulantes, dicho sea de paso. El subalterno Bráyatan aullaba como loco tirando y maniobrando de la palanca, mientras Tartán y

Marikunga buscaban el milagro estabilizador en sus respectivos paneles de control, evitando sufrir una muerte dolorosa y sanguinolenta.

— ¡Arquéate, arquéate otro poco, rechuchetumaaaa...! –gruñía el subalterno Bráyatan, tan concentrado en su esfuerzo por una perfecta Chihuintana, que hasta controló los rugidos de su esfínter.

Y mientras la Chihuinto 4 realizaba lo que en el Registro Estelar Táctico sería conocido como la Arcada de la Muerte (porque quienes la intentaban terminaban vomitados o muertos), el Capitán, Mata, Libiak y Chupilka se sumergían en silenciosa caída libre, debido quizás a la disminución de oxígeno en la atmósfera, o al delirio de caer sin previo aviso, o simplemente a que se habían desmayado en el proceso.

Como fuera, durante los críticos segundos en que la Chihuinto 4 logró girar sobre sí y posicionarse debajo de los cuerpos cayendo a velocidad inenarrable, el subalterno Bráyatan puso en funcionamiento una serie de artilugios que lograron ubicar a los desventurados balines humanos en los inútiles radares de la nave.

— Póngalos en dirección a la escotilla –ordenó Bráyatan–, voy a abrirla.

Y abandonó olímpicamente la palanca de dirección, sin obtener la menor reacción de sus compañeros, que a esas alturas estaban totalmente dopados por la adrenalina, y absolutamente entregados a la inexplicable locura.

Momentos después, otra serie de golpes sobre la nave, seguido de la voz festiva de Bráyatan gritando:

— ¡Ya los tengo! ¡Más machucados que la chucha y medio muertos, pero bien...!

— Bien como las hueas –mascellaría la internista Mata horas más tarde, de vuelta en la enfermería de la C.H.I. Caleuche.

Allí les tratarían de recomponer costillas y bajar la masa de moretones, sin mencionar los daños psicológicos y emocionales que, curiosamente, afectaron de manera totalmente inversa a sólo dos del equipo involucrado: Chupilka y Bráyatan. En un par de semanas estarían listos para retomar la rutina, que probablemente traería más cosas rancias, costillas rotas, otro montón de moretones, y daños psicológicos al por mayor, en una nueva aventura de la C.H.I. Caleuche, el remedo de nave más deplorable de toda la Pangalaxia.